

VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

F. RODRÍGUEZ ADRADOS. Premio Nacional de las Letras “En mi época de estudiante Salamanca era una pequeña Atenas”

El gran helenista reconoce que Unamuno no fue su modelo, precisamente, y recuerda que en la década de los años 40 del siglo pasado hacían “lo que se puede hacer sin televisión e inventos como Internet: estudiar”

BERTA BAZ / MADRID

PREMIO Nacional de las Letras Españolas en 2012, Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) conoció la Universidad de la primera mitad del siglo XX, una época muy convulsa. Filólogo y helenista, este salmantino nonagenario está considerado un reconocido especialista en lengua, literatura y pensamiento de la Grecia arcaica y clásica. Doctor ‘honoris causa’ en su tierra natal, es investigador ‘ad honorem’ del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y miembro de la Real Academia de la Historia y de la Academia de la Lengua.

-74 años desde que acabó la carrera. ¿Qué recuerda de 1944?

-Mi padre quería que yo hiciera Derecho. Pero el dedicarme a estudiar y aplicar códigos redactados por otros o debatir sobre ellos no era lo mío. A mí me interesaba el saber, el relacionar, el pensamiento libre. Investigar y crear. Pensaba que podía llegar a donde otros no habían llegado. Había ilusión y quizá esperanza.

-¿Cómo recuerda su paso por Filosofía y Letras?

-Era una buena facultad dentro de una buena universidad. Éramos pocos alumnos que formábamos un gran grupo de amigos. Se respiraba un ambiente familiar. El profesorado era excepcional. Llegábamos a la Universidad muy jóvenes, crecidos en una enseñanza que era intelectual, creyendo en lo que allí nos habían enseñado y en nuestro futuro. No nos preocupaba la colocación tras la carrera. Ni nos lo planteábamos. Ahora es lo primero en que piensa cualquier estudiante.

-¿Qué compañeros recuerda?

-En esos años había un grupo que luego se ha destacado en dife-

rentes campos del saber: Recuerdo al helenista Martín Ruipérez o latinistas como Lisardo Rubio y Virgilio Bejarano. También historiadores como Ángel Montenegro o estudiosos del español como Antonio Llorente y Manolo Alvar. También recuerdo a grandes escritores como Ignacio Aldecoa, muerto tan joven, y la angelical Carmen Martín Gaité. Nuestras compañeras eran más adorables que adoradas, o adoradas en silencio, porque si a uno se le veía acompañar a la misma con demasiada frecuencia ya le casaban.

-¿Cómo era su día a día como universitario?

-Muy simple. Asistíamos a clase y dábamos alguna vuelta al ágora, como a mí me gusta denominar a la Plaza Mayor. Entonces había muy pocos turistas. Hacíamos lo que se puede hacer en una época sin televisión e inventos como Internet: estudiar. Estudiar mucho y bien para prosperar. Ahora hay demasiadas distracciones. Los inviernos eran especialmente duros. Pasábamos mucho frío. Sin calefacción no quedaba más remedio que abrigarse bien. Además la alimentación no

era como ahora, se comía mal, pero a pesar de todo nos esforzábamos mucho.

-Era una época complicada...

-En mi infancia y juventud viví la dictadura de Primo de Rivera, la Guerra Civil y las penalidades de la postguerra. Recuerdo a Franco hablando desde el balcón episcopal y los desfiles en la Plaza Mayor. Al general Millán Astray o el obispo Plá y Deniel. Era fácil encontrarse los en aquella Salamanca en la que todo el mundo se conocía y todos iban a pie. Pero en la Universidad hablábamos de letras, humanismo... poco o

nada de política. Yo estaba fuera de toda política, de la franquista y la otra. Odiaba a los sindicatos de estudiantes y a todas las organizaciones que hacían rebañuno al hombre. Me inscribí en el SEU, el sindicato estudiantil, el último día del plazo. Era obligatorio.

-Conoció a Unamuno. ¿Qué recuerdo tiene del escritor vasco?

-En el rellano de la escalera de Anaya estaba, y estará, el busto de Unamuno, de Victorio Macho. Lo había visto a él por la calle de la Rúa y una vez, teniendo yo trece años, en un chalet que teníamos alquilado en Candelario, al que vino a visitarnos en el año 35. Pero Unamuno no fue mi modelo, exactamente. No era muy helénica su posición frente al griego. A mí me indignaba su desdén, que le hacía próximo a la España ignorante que él tanto despreciaba. Y no me gustaba su arrogancia. Recuerdo al padre Portillo clamar en la Clerencia contra Unamuno, en sus aniversarios, calificándolo como hereje.

-¿Cuáles son las fortalezas de

la institución centenaria?

-Yo prefiero hablar de mi época porque llevo muchos años desligado de Salamanca. Entonces era un centro del saber con dimensión humana. La Universidad continuaba a un bachillerato de verdad, nada que ver con el sistema educativo de hoy en día. Ahora la enseñanza media solo es en realidad una enseñanza elemental seguida de otra casi profesional. Recuerdo con nostalgia aquellos planes de estudio. Fue un privilegio ser alumno de la Universidad de Salamanca.

-¿Cuál era el plan de carrera en los años 40?

-Cursábamos dos cursos de estudios comunes, que terminaban con un examen intermedio. Después, dos años de especialidad: o clásicas o románicas, no había otras. Yo escogí clásicas porque me había aficionado al griego en los cursos anteriores. Las sucesivas reformas han empeorado el plan educativo. Ha sido un desastre la supresión de los estudios comunes. Han logrado que en España haya poco más que especialistas incomunicados y sin base. El profesorado ha dejado de crecer porque no se sacan plazas nuevas, lo que impide contar con una buena plantilla. En mi época había un grupo de profesores verdaderamente excelente. Salamanca era una pequeña Atenas.

-¿Un nombre?

-Antonio Tovar. Realmente es difícil encontrar una personalidad comparable en la vida española contemporánea. Tovar unía a ese interés polifacético y a esa nostalgia de la acción una ingenuidad y una modestia propias del sabio de verdad. Trabajaba siempre con conciencia casi religiosa de la trascendencia



Ficha

Carrera y promoción: Filosofía y letras, 1944.

Un profesor: Antonio Tovar.

Una comida: El farinato.

Un rincón de Salamanca: La plaza de Anaya.

Una canción de aquellos tiempos: ‘La trucha’ de Schubert.

VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

de la labor científica a diferencia del profesorado actual. En Salamanca tuvimos relación de maestro y alumno. Luego seguí su amistad entre el ajeteo de sus múltiples estancias en el extranjero.

-Salamanca es sinónimo de Humanidades. ¿Debe seguir apostando por esta rama del saber?

-Por supuesto. En la actualidad no se da la importancia que se debería a las lenguas clásicas. Es un error. El latín y el griego parecen condenados a la desaparición. Su conocimiento pelagra y es importante que los jóvenes sepan de dónde venimos. Nuestras lenguas, nuestras artes y literaturas, nuestro pensamiento, nuestra ciencia, nuestra política, nada serían sin las lenguas clásicas.

-¿Una de sus principales apuestas debe ser el liderazgo en la enseñanza del español?

-La enseñanza y difusión del español debe hacerse con calidad. Las lenguas son el instrumento esencial de conocimiento y hay que cuidarlas. Pero para ser un referente debe haber un excelente profesorado, bien preparado. Lamento decir que considero que hoy en día cojea el estudio de nuestra lengua.

-¿Cómo describiría la Salamanca de su licenciatura?

-En el año 1944, yo tenía 22 años, Salamanca seguía siendo en esencia la misma pequeña ciudad, entre ganadera y universitaria, en el que todos se encontraban en el paseo por la Plaza Mayor o en las tertulias del Casino. Recuerdo aquella tertulia literaria de la que

salió la revista ‘Trabajos y días’ en la que de la mano de Tovar hicimos nuestras primeras armas literarias. En esta revista publiqué yo pequeños trabajos. Igual que en otras revistas locales, como ‘Lazarillo’ y ‘Cátedra’. Pero lo mío, evidentemente, no era la vocación literaria.

-Su mejor recuerdo...

-Las horas en la biblioteca de la facultad. Una biblioteca excepcional con innumerables joyas. Siempre me han apasionado los libros. Mi biblioteca particular está distribuida entre mi piso de Madrid, y la casa que tengo en la localidad segoviana de Turégano. Habrá más de 5.000 libros, pero seguro que no los he leído todos.

-Una de sus pasiones ha sido viajar. ¿Cómo se ve Salamanca fuera?

-El que vive en un palacio no ve el palacio: sólo se puede contemplar bien desde fuera. Ha tenido que pasar tiempo y distancia para que yo

viera las piedras de Salamanca orladas. Sin duda es una referencia del saber. Por la coyuntura que vivía España en mi juventud, hasta el año 1953 no pude viajar al extranjero. Fui a Grecia. Un país que me apasiona y en el que he estado en numerosas ocasiones.

-¿Cómo ha evolucionado la vida universitaria?

Los niveles culturales están bajando en toda Europa, pero especialmente en España. Cuando yo estudiaba, había un ambiente muy familiar y amistoso. Era una facultad pequeña. Era una única carrera, y ahora está dividida en cuatro o cinco licenciaturas, ya ni sé. Todo un error.



Arriba, Francisco Rodríguez Adrados, el primero por la derecha, con un grupo de amigos en Salamanca durante sus tiempos de universitario. Abajo, la orla de su promoción de la Facultad de Filosofía y Letras.

PERSONAJES HISTÓRICOS

Beatriz Galindo, primera mujer universitaria

Hacia 1465 nació en Salamanca Beatriz Galindo, también conocida como “la Latina”, considerada la primera mujer universitaria en el mundo. Hija de una familia numerosa de linaje hidalgo, aunque venida a menos por las dificultades de la época, su destino inicial iba a ser convertirse en monja y dedicarse al claustro conventual, así que sus padres procuraron que se instruyera en el conocimiento del latín, el único idioma posible para comunicarse con Dios. Comienza entonces el vínculo de Beatriz Galindo con la Universidad de Salamanca, un caso único en aquel momento. A muy temprana edad, Beatriz Galindo demostró rápidamente unas dotes innatas para el aprendizaje del idioma, hasta el punto de que su capacidad para expresarse en latín y su avidez en la lectura de los clásicos ponía en entredicho las capacidades de los catedráticos del Estudio salmantino. Con 16 años era ya una auténtica experta en los textos clásicos, de griegos y romanos, y de forma especial en las obras de Aristóte-

les y su visión de los buenos gobernantes, que según cuentan las crónicas de la época, cautivaron a Beatriz Galindo.

También es conocida su admiración por Antonio de Nebrija, el autor de la primera Gramática de la Lengua Española. Parece que, incluso, el catedrático llegó a ser uno de sus profesores en la Universidad de Salamanca. Tal era el dominio del latín que adquirió esta mujer que adquirió una gran fama y prestigio en la provincia salmantina, pero también en el Reino, hasta el punto de que se ganó el apodo de “la Latina”. Y su buen hacer llegó a oídos de la Reina Isa-

bel I de Castilla. No solo era una mujer educada en las lenguas clásicas, el latín y el griego, sino que recibió formación en todo el

saber del humanismo, además de en teología y medicina, según figura en algunos escritos. No es de extrañar que, a punto de entrar en el convento, con poco más de 20 años, Su Majestad pensara en ella como preceptora de sus hijos. Así que “la Latina” dejó su Salamanca natal y se trasladó a la Corte engrosando una lista de mujeres sabias que rodeaban a la Reina y la aconsejaban en sus decisiones. Pero, además de consejera, Beatriz Galindo



se convirtió en amiga de Isabel I de Castilla. Aunque recibió el tratamiento de criada, los escritos dejan entrever la complicidad que existía entre las dos mujeres que, además, eran fervientes católicas.

Tan buena fue su relación que los Reyes Católicos incluso le buscaron un marido. El elegido fue Francisco Ramírez, oficial de artillería. Con él se casó hacia 1491 y tuvo dos hijos, Fernán y Nuño. Enviudó muy joven, en 1501, así que se retiró de la corte y asentó su residencia en Madrid, en el edificio que hoy recibe el nombre de Palacio de Viana. Allí falleció en noviembre de 1535 pero antes, reflejo de su profunda religiosidad, promovió la fundación del hospital de la Latina, así como de los conventos o monasterios de la Concepción Franciscana y de la Concepción Jerónima, donde fue enterrada.

Además, sus conocimientos del latín se pueden apreciar en algunas poesías latinas y comentarios a Aristóteles que le atribuyen los expertos. Mujer culta donde las haya, Beatriz Galindo “la Latina” fue una adelantada a su tiempo y con ella la Universidad de Salamanca que siempre presume de haberla contado entre sus ilustres alumnos.